

22. Los niños de la guerra

Lo sucedido en Guernica y en Durango confirmó los peores pronósticos sobre la capacidad destructiva y las intenciones de la aviación alemana. El Gobierno Vasco creó un Comité de Evacuación y aceleró su proyecto de acogimiento temporal a niños en otros países europeos para evitarles la catástrofe que se cernía. La respuesta a esta iniciativa se vio desbordada, muchas familias entendieron que era prioritario alejar a sus hijos de los riesgos y terribles penurias de una guerra cuya duración se esperaba corta. Volverían pronto.

Los bombardeos alemanes tuvieron un gran impacto en la opinión pública internacional y muchos países colaboraron en el exilio infantil, principalmente Francia por su vecindad, Inglaterra, Bélgica, Suiza, Dinamarca, México y la URSS. Hasta Pablo Neruda fletó un mercante a sus expensas, el Winnipeg, para enviar niños de la guerra españoles a su Chile natal.

Cerca de veinte mil niños salieron en barcos desde Euskadi en poco más de dos meses. La operación fue dantesca, desgarradora: miles de críos con su hatillo, entre cinco y doce años, en los muelles, a la espera de ser embarcados, un cartel colgado de su abrigo indicando nombre y destino, desconcertados, cien veces besados por sus llorosas familias, manos obligadas a soltar las faldas de sus madres. Un dolor colectivo difícilmente imaginable.

Ze biotzeko mina!³⁷

Los niños, las familias, los acompañantes, las tripulaciones y hasta los barcos de hierro lloraban en silencio inundando la mar.

Esta terrible operación solo pudo realizarse en la creencia de que así les salvaban la vida y que pronto volverían; era un hasta luego, se repetían unos a otros. Desolados todos, los niños y las familias.

Unos encontraron amorosos hogares que les acogieron, otros vivieron en instituciones colectivas, algunos volvieron después como retornados a una España franquista en la que siempre fueron sospechosos y no lograron adaptarse de nuevo. Quienes regresaron más tarde sufrieron interrogatorios, torturas y trabajos forzados, y fueron cuestionados aunque su huida hubiera sido solo preventiva.

Pocos años después, la Segunda Guerra Mundial arrasó las esperanzas de aquellos niños que se quedaron en el exilio y se vieron arrastrados por un infierno aún peor, donde pasaron mayores penurias y, en algunos casos, tuvieron que participar en la guerra que no era la suya. Muchos en el ejército francés, otros prisioneros obligados a combatir con los alemanes –qué paradoja–, varios de los que fueron a Rusia tuvieron que defender Stalingrado y morir entre sus ruinas, y los que sobrevivieron lo hicieron en condiciones penosas, sufriendo hambre, frío, enfermedades, delincuencia, prostitución... Quienes se salvaron de las guerras vivieron con nostalgia en el extranjero, carentes de identidad y con desarraigo. Niños emigrantes sin familia.

Las lágrimas derramadas al partir aquellos mercantes, en los muelles de Bilbao, serían premonitorias.

37 ¡Qué dolor de corazón!

Locuras y Krispín fueron testigos de excepción de la dureza de la separación de una veintena de niños que transportaron de Bermeo a Bilbao para embarcarse en un buque con destino a Francia, acompañados por un maestro. Muchos de ellos habían padecido ya los horrores de Guernica y tenían el temor y la tristeza marcados en su mirada. A unos les despidieron sus madres, a otros, tal vez huérfanos, sus abuelas.

Hacía buen tiempo y la travesía hasta Santurce despejó algunas caras sombrías mientras costeaban, Krispín con voz recia comenzó a contarles aventuras de piratas a cada recodo de acantilado: En una cueva se escondía un valioso tesoro, desde una altura enorme lanzaron al vacío a un traidor, cerca había un barco inglés de tres palos hundido por un valiente corsario vasco, allí encendían hogueras para confundir a los navegantes...

A la altura de Plentzia, Locuras no quiso ser menos y paró el pesquero en un vano intento de retrasar el exilio.

—Arrantzan egingo degu³⁸ —dijo preparando aparejos para los niños.

—Venga, vamos. Os enseñaré cómo poner el cebo —secundó Krispín muy ilusionado con la valiosa aportación de su amigo.

Sabían que estaban encima de un banco de hambrientos verdeles que luchaban entre ellos para picar los anzuelos de los enloquecidos niños. Pescaron cuanto quisieron y volvieron a ser felices el rato que duró la hazaña. Hacía mucho tiempo que el Izarra no se impregnaba de escamas tan ilusionantes. Llegaron a Bilbao al anochecer.

38 Vamos a pescar..

—Nun ibilizarete oso keskanak geuden.³⁹ —El coordinador de la expedición estaba alterado con razón. Debían zarpar cuanto antes, dos destructores ingleses iban a escoltar el convoy hasta el puerto francés de Pauillac, desde donde repartirían a los críos a distintos destinos.

Los niños de Guernica abrazaron uno a uno a Locuras y a Krispín con tanta efusión como a sus familiares medio día antes. Los rudos pescadores despidieron emocionados al grupo, se hubieran ido con ellos, pero volvieron a su realidad, a su roja e inquieta embarcación.

El Izarra no era ya un barco seguro para hacer importantes travesías a Francia ni tampoco para huir a toda máquina de los destructores enemigos que navegaban con descaro por el Cantábrico a la captura de mercancías, armas y personas. Habían reparado milagrosamente el motor en Bermeo, pero estaba claro que no debían arriesgarse mar adentro.

Locuras consultó con la Marina de Guerra Auxiliar de Euskadi y les asignaron una nueva función no menor, pero sin grandes singladuras: a partir de mayo servirían al práctico del puerto de Bilbao.

Había una frenética actividad y mucho nerviosismo, numerosos barcos venían del este, de Francia y otros lugares como Inglaterra, Bélgica..., también de Asturias y Cantabria, cargados de armas, víveres, y de personas que iban y venían. Además, se repetían las escenas de quienes deseaban huir por mar hacia San Vicente de la Barquera, Santander... Los rebeldes estaban cercando la capital vizcaína y ya nadie dudaba de las atrocidades que cometían en tierra conquistada. Los ciudadanos, aunque no estuvieran

39 Estábamos preocupados por dónde estabais.

implicados ni militar ni políticamente, repasaban su pasado buscando la mancha que pudiera condenarles frente a la cruzada católica nacional: ¿Qué habían hecho, qué habían dicho? A veces bastaba con una denuncia anónima para sufrir el paseillo, una vuelta por las carreteras secundarias en cuyas cunetas yacían algunos sospechosos.

La entrada al puerto de Bilbao era muy peligrosa por las minas que pudieran flotar amenazantes y, cada vez más, por las incursiones de los destructores rebeldes. La nueva tarea del Izarra, como barco auxiliar del práctico del puerto de Bilbao, no era tan ventajosa como pudiera parecer.

Krispín y Locuras se fueron turnando las veinticuatro horas del día llevando y trayendo a los prácticos, antiguos capitanes mercantes que se conocían al dedillo el puerto. Muchos de los buques que llegaban a Bilbao desconocían los fondos y cómo maniobrar; los prácticos ocupaban los mandos y con destreza atracaban y desatracaban los buques.

Gran parte del trabajo lo hacían de noche, con las luces apagadas para evitar ser detectados por el enemigo. Ese pequeño pesquero rojo, matriculado en Pasajes, hizo más millas durante la contienda que cualquier otro barco de mucho más calado.

Krispín había decidido que no huiría más, que no se alejaría de Amalia y de Lucas, empujado por los rebeldes; basta ya, más bien al contrario, buscaría la forma de acercarse a ellos, se acabó el eludir el destino. Eso lo esperaba Locuras. Su amigo no podía seguir retirándose de puerto en puerto hacia el Oeste, hasta Galicia donde los alzados les esperaban. Él, sin embargo, quería continuar la lucha, nadie le reclamaba en Pasajes. No lo habían hablado, lo habían sentido mutuamente.

—¿Cuándo te vuelves? —le preguntó Locuras a bocajarro, una noche mientras escapaban de la oscuridad del mar.

—En cuanto vea el momento —contestó tranquilo como si esperara esa pregunta hacía tiempo—. Y tú... ¿Te quedas? Emen ez dago ezer eginik.⁴⁰ —Krispín ya no veía futuro a su guerra.

—¿Quedarme? Si nos están echando. Estos cabrones no tardarán en tomar Bilbao y, ¡hala!, otra vez hacia allá, a Santander o sabe Dios dónde. Ganas me dan de ir al Norte, a ningún sitio, allá donde solo haya mar. Si tuviera un buen barco...

Los dos venían intuyendo que iban a separarse y, sin embargo, ninguno lo había expresado. Ahora todo se aceleraba. Se despedían. Eran así.

Se abrazaron largo rato en el muelle de pescadores sin mirarse, dándose palmadas cariñosas en la espalda.

—Mucha suerte con Amalia y Lucas. Cuídate mucho, sé que lo conseguirás, que los liberarás, seguro. Intenta volar la cárcel, con los carceleros dentro.

—Y tú, pon atención al Izarra, pronto tendremos que pescar de nuevo en él. Y, sobre todo, que no te lo quiten los franquistas ¡Antes lo hundes!

Se separaron sin levantar la vista ninguno de los dos, Krispín se alejaba del puerto con su petate al hombro rumbo a Bilbao, al Este otra vez, a Saturrarán.

—¡Espera! —gritó Locuras a Krispín y corrió detrás de él hasta alcanzarlo—. Tanta despedida y tanta leche y todavía no me has dicho cómo vas a ir a Saturrarán —le dijo jadeante.

—Y yo qué sé. Me voy de cualquier manera. Erabakita dago.⁴¹

40 Aquí no hago nada.

41 Está decidido.

—¿Quieres que te lleve? —le propuso.

—Realmente estás loco. Los dos sabemos que el barco está ya para pocas bromas y mucho menos para adentrarse en aguas franquistas. Ondarroa está muy allá. No llegaríamos por doble motivo. Olvídalo, pero te lo agradezco.

—Oye y, ahora que los rebeldes están a punto de entrar en Bilbao, ¿qué te parece si te entrego a la Ertzaintza diciendo que eres franquista y, con suerte, te mandan tan campante al otro lado? Dicen que les tratan bien, hasta demasiado bien, según cuentan.

—Sí pero yo estoy fichado, ya sabes, por eso se llevaron a mi mujer y a mi hijo. ¡Qué error!

—Te daría mi documentación, pero el Izarra y yo somos uno, y a los dos nos buscan por todos los mares. Pero, ¡coño!, ahora recuerdo que tengo la cartilla de Antxon.

—¡Joder! Ésa es buena. Quién se acuerda de él además de nosotros. —Krispín se animó.

—Vamos, te llevas sus papeles y te entrego como prisionero franquista. Ya se me ocurrirá algo. Verás qué pronto estarás al otro lado y, en nada, en Saturrarán.

—¡Por algo te llaman Locuras!

